

# Presentación



Óleo del pintor vallenato Jhonny Santana, colección privada.

Dice la poeta polaca Wislawa Szymborska que la poesía no es para todos, como tampoco el color azul o la sopa de fideos lo son. Es justo decir, como también se puede decir de casi todo en el mundo, que el vallenato clásico, aquel que idearon los juglares del Caribe colombiano desde el siglo XIX y comienzos del XX, tampoco lo es. Hablo

del vallenato que contó sus historias, que sirvió como vehículo para narrar el mundo y sus placeres, el mundo y sus desdichas. Aquel vallenato que es grande y universal por tres razones: letras sinceras y con una carga poética evidente, un ritmo original, con un uso magistral de los instrumentos, y una visión del mundo fundamentada en una intensa tradición oral.

# Presentación

Pensar en el vallenato es pensar en sus letras. Y pienso en *Alicia adorada*, la canción que compuso Juancho Polo Valencia en el caserío Flores de María hace más de sesenta años. De allí salió Juancho Polo para cantar, como era su costumbre, en pueblos cercanos. Pero mientras cantaba en un lado y en otro, su esposa Alicia, quien estaba embarazada, murió. Juancho regresó y el dolor, por supuesto, fue inmenso, como lo evidencia la canción. Ante la ausencia de la mujer no hubo otras herramientas que el canto y el acordeón. Se cuenta que conoció la noticia, se dirigió al cementerio, porque Alicia ya estaba enterrada, y no paró de cantar, hasta que dejó listos sus versos. Pienso en *Alicia adorada* porque en el mismo texto donde Szymborska plantea que los poemas no son alimentos para el gusto de todos, escribe que desconoce qué es la poesía, pero se aferra a ella “como a un oportuno pasamanos”. Pienso en Alicia por eso, porque el vallenato de los juglares obedece a lo mismo: no saber qué es y de dónde surge esa necesidad de cantarlo y contar todo, pero se aferran al canto como a un pasamanos salvador, como lo

hizo Juancho Polo ante la muerte de su “compañera”, de su Alicia querida.

En esta *Agenda Cultural* se leen ejemplos de esa tradición. La misma tradición que hace aportes importantes a la cultura colombiana, como la gastronomía y la literatura. Esta tradición está enriquecida por diferentes orígenes que forman el todo. A propósito, quiero recordar estas palabras que confiesa Derek Walcott, poeta nacido en la isla de Santa Lucía: “Hay en mí del holandés, del negro y del inglés”. Es justamente eso: en la región Caribe de Colombia se dan cita muchas piezas de diversos orígenes que permiten múltiples expresiones, como el vallenato. El acordeón es foráneo, la sangre de los que cantan no es una única sangre, por ejemplo. Pero, tal como ocurre con la poesía de Walcott, el resultado puede ser, y en este caso lo es, una expresión única, genuina y representativa de un espacio del mundo. La misma idea está presente en la letra del vallenato *Yo soy vallenato*: “La sangre del indio en mis venas llevo / con algo de negro y también de español”.

El vallenato que idearon los juglares se aleja de lo que se compone en la actualidad, generalmente, como canciones del género. El vallenato actual carece de lo que hace grande a las canciones de Alejo Durán, Juancho Polo, Rafael Escalona, Leandro Díaz... Carece de maestría, furia, en el uso del acordeón. Carece de letras bellas, repletas de humor, que trasciendan el sentimentalismo y el lloriqueo sin sentido. Hay que recordar que la necesidad de cantar del juglar vallenato tuvo un fin: establecer relaciones con el mundo y con los otros, entenderse y entender lo sucedido a su alrededor. Luego, por supuesto, llegaron compositores que imprimieron otros tintes, influenciados por otras músicas y por la literatura, pero sin abandonar el riesgo y el vigor, la poesía y el reto.

Para terminar y comenzar con el placer de leer esta *Agenda Cultural*, dos cosas. Primero, el acordeón. Este instrumento de origen austriaco que apareció un buen día en las playas del Caribe colombiano, es, sin duda, el símbolo del vallenato. Cuando suena un acordeón se anuncia una historia de amor, de lucha, de trabajo, etc. Es el umbral para una revelación. Acontecimiento. Segundo, la parranda.

Quienes no nacimos allí, en Bolívar, Sucre, Córdoba, la Guajira, Magdalena o Cesar, imaginamos la parranda diferente. Pero conocerla conmueve. La reunión ocurre en un patio, con comida y licor, y, por supuesto, música. Pero sobre todo, con historias y amigos. Se va contando mientras se va cantando. Es el momento para recordar la vida y recordar que, lamentablemente, se acabará con la muerte, y con ella las bellas canciones. Porque, como dice Alberto Salcedo, cronista de los juglares, “cada patio consagrado a la parranda es un espacio que la vida le arrebató a la muerte”.

Juan Fernando Gutiérrez, Coordinador Oficina de Comunicaciones del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia.